

**HOMENAJE A
ALFONSO DE LAFERRERE
Y A MANUEL F. CASTELLO**

*Disertaciones de los académicos Presbitero Dr. Carlos Cucchetti
y Dr. Diego Ibarbia, para conmemorar el centenario del naci-
miento de quienes fueron académicos de número, en la sesión
pública del 24 de noviembre de 1993*

ALFONSO DE LAFERRERE

Por el Académico Presbítero DR. CARLOS CUCCHETTI

Según los cánones griegos la actitud más clásica y estética del hombre, y en este caso de los académicos, es la actitud de quien recuerda y medita.

Alfonso de Laferrere, al ocupar el sillón académico del Dr. Mariano de Vedia y Mitre en la Academia de Letras, expresó con dignidad y orgullo: "Me incorporo con el solo título de *periodista* adquirido desde los 16 años de edad, precocidad que me obligó a considerarlo como una vocación congénita. Ni lo celebro ni lo deploro, limitándome a ser fiel a mí mismo y que permitiera respirar en mi necesaria atmósfera.

"En más de medio siglo de *periodismo activo*, aprecio —decía él— que mis artículos podrían llenar no menos de 40 densos volúmenes con la hipótesis optimista de que alguien se interesara en su lectura, destino vedado con justicia a las incontables columnas de los periódicos que llené y que tanta dicha solían producirme por el cuidado con que las redactaba, por el gusto profesional de examinar las pruebas y por la influencia que efectivamente llegaron a ejercer en horas decisivas por sus efectos ásperos o sedantes.

"Esto puede decirse sobre todo de mi *periodismo político* relacionado con los asuntos de la vida cotidiana y ciudadana.

"Hablar o escribir del *periodismo político* no es aludir necesariamente a un género menor de actividad literaria. Cua-

dra llamarlo *periodismo cívico* cuando sus temas doctrinales son de bien público que traducen vigor y pasión.

"Casi todos nuestros repúblicos fueron periodistas. Concibieron a la prensa periodística como un instrumento necesario para influir en su lucha por la libertad. El periodismo vendría a ser el sentido institucional en que las tres disciplinas: historia, política y letras hallarían elementos comunes de una historiografía de cultura civilizadora.

"Los faros sirven para alumbrar las costas y orientar las rutas pero son los pilotos los que evitan los naufragios".

Señores académicos:

Alfonso de Laferrere fue un periodista nato y por accidente un político teórico. Heredó de su padre Gregorio el amor a las letras y a la tinta. Tinta oscura que nunca usó porque sus ideas fueron demasiado claras y su pulso muy firme.

Fue un crítico severo sin ser demasiado despiadado por defender lo honesto y lo defendible.

Recién a mediados del siglo pasado aparece el periodismo como género de jerarquía y como una especie de cuarto poder crítico y de cultura libre.

El orden y la disciplina no eran para él. Le hubieran cortado sus alas.

Al preguntarle yo un día a qué partido político pertenecía me contestó: al *partido de la inteligencia*. Partido que siente y comprende los problemas del país pensando alto, sintiendo hondo y hablando claro, única forma para crear ideas y destruir las teorías, vivir realidades y aun los sueños a veces inalcanzables. Su programa de joven lo cumplió hasta el final de sus días.

Altivo contra todos los halagos, modesto contra todas las ambiciones y con equilibrio contra todos los espejismos.

No levantó tronos a ciertos principios que le obligaran a levantar cadalzos a sus consecuencias.

Fue un idealista que pudo caer en el desengaño. Sus amigos podríamos sospechar que en los últimos años la sombra del escepticismo hubiese entrado en su corazón de periodista. Le temió al progreso de las ciencias que pudiera oscurecer el corazón del hombre conduciéndolo a fatales abismos.

Fue un moralista en la política, moralista en la historia y moralista en las letras. Abría surcos para arrojar simientes de humanismo. No admitía la neutralidad, la imparcialidad

permanente, que en muchos casos es una forma de cobardía moral, y proseguía: "Seamos honradamente parciales mientras cada cual defiende lo que juzga justo. Justifiquemos el está hecho el espíritu. Sin ellas no se concibe el heroísmo. grado de pasión que ponemos en ellas. De nobles pasiones Hasta el amor es muestra suprema de parcialidad creadora".

Recuerdo una escena que relata el Dr. Osvaldo Loudet cuando lo presentara como académico en Ciencias Morales y Políticas:

Decía Loudet: "Tuve la dicha de asistir a una escena inolvidable, presidía la mesa del directorio de 'La Prensa' el Dr. Alberto Gainza Paz y estaba junto a él Alfonso de Laferrere".

¿De qué hablaban, qué pensaban y escribían aquellos dos hombres que parecían afiebrados?

¿Qué suspensos cortaban el diálogo para ahondar respuestas?

Aquellos hombres estaban tomándole el pulso al país. Escribían hasta cuando el pulso se les debilitaba, cuando la presión subía y era palpable la arritmia. Estos médicos sociales jamás desesperaron porque conocían el vigor del corazón de la Patria.

A la mañana siguiente aparecía el editorial que alertaba a los desalentados y despertaba a los dormidos. Ellos iban al frente de la lucha.

Sólo los que hemos asistido a esa diaria lucha civil pudimos gozar del ideal republicano que ellos defendían hasta el avasallamiento de su diario.

En cierta ocasión al llevarle un trabajo sobre Juan XXIII para ser publicado en "La Prensa" me preguntó: ¿Qué dicen de mí los obispos?

Le contesté con moderación: "Dicen que sus artículos tienen la severidad y la justeza de Aristarco".

¿De cuál de ellos?, me respondió Laferrere.

Como no recordaba la existencia de otro Aristarco lo juzgaba el Aristarco de Samotracia. El severo escritor griego símbolo clásico de los juicios certeros y la belleza de sus letras.

Me respondió de inmediato: "Yo creo que puedo abarcar a los dos Aristarcos, el de Samotracia del siglo II antes de Cristo, pero también el Aristarco astrónomo del siglo IV que fue el primer descubridor contra toda la teoría de Tolomeo y todos los sabios astrónomos de entonces, fue el primer descubridor de que el sol estaba quieto y firme y que la tierra

era la que giraba. Los griegos lo condenaron a muerte porque si la tierra giraba no dejaban descansar a los dioses.

“Creo que mis artículos no dejan dormir a los dioses argentinos”.

Sin ley los hombres no son libres sino sueltos. Como los pueblos se unen pero no se aman. Situarse es comprender. Como condescender es descender dos veces y me recordó el pensamiento de Pascal: “No conocemos el todo de nada. Donde hay poca justicia es un peligro tener razón”.

La ciencia arma al hombre pero no lo dirige, aclara al mundo creado. Pero deja la noche en su corazón, es neutral, indiferente, inmoral.

Este es el panorama vulgar del mundo contemporáneo al que le ha sido dado descubrir que el hombre de las cavernas sin mudar de naturaleza se cruza con nosotros en las calles en todas las horas del día.

Confiados augures prometen que el exceso del mal creará el remedio como reacción ante los peligros que nos asedian.

Providencialmente el espíritu tiene zonas de luz que seguirán guiando nuestras existencias con sus alas hacia lo inmutable y eterno no dando paso “al joven robot” de la materia mecánica sin conciencia.

Maestro de la crítica política

“Mi vida política fue enriquecer y perfeccionar mi espíritu por la costumbre de la meditación y la comprobación de mis ideas y sentimientos.

Dominan mi curiosidad las dos metas que orientaron y orientan mi vida: la historia nacional y las ideas políticas que entrelazadas absorbieron mis desvelos. Los hombres de la generación del 80 fueron demasiado entusiastas o demasiado inteligentes o demasiado soñadores. No fueron políticos sin escrúpulos, románticos sin angustias, alucinados delirantes. Fueron hombres de pensamiento más que hombres de acción, y si algunas veces se durmieron sobre sus laureles otras combatieron contra los problemas de la ignorancia y las oscuridades de las necesidades de los tiempos.

Partido de la inteligencia es aquel partido de hombres sensatos y clarividentes, que están en todos los partidos y que no creen en el patriotismo de un partido o de una clase social”.

Gustaba recordar la máxima que el hijo de Bartolomé Mitre, Emilio, hizo editar en la necrología de su padre: "Hay que gobernar la vida". Laferrere tenía "un alma de proa". Su erudición era más que erudita, era testimonio de abrumadores elementos de historia.

Reconocía que algunas de sus páginas rayaban en la violencia literaria, pero se aplicaba el verso de Boileau "Nunca hiel alguna ha envenenado mi pluma". Los hombres deben tener ideas pero es indispensable que las ideas tengan hombres.

¡Ay del periodista que lleva la pluma en vano!

Las cumbres no están sólo en las montañas. Las cimas sólo pueden medirse por los abismos que coronan. Vencer sin peligro es triunfar sin gloria.

Laferrere fue el más laborioso periodista de nuestra época, de cultura rayana en la más rica variedad de temas de la realidad nacional e internacional. Sus ensayos se destacaron por su forma y su estilo, rígido y severo, sin adjetivos.

Discípulo y amigo de Pal Groussac, al que visitaba en la Biblioteca Nacional, escribió Laferrere: "Con él he pasado las horas más sabias y eruditas por su madurez y originalidad".

Bien pudo escribir el día del avasallamiento del Diario "La Prensa" junto con el director del diario, el Dr. Alberto Gainza Paz: "Hoy nuestra reprobación del régimen es fruto de nuestra conciencia. En adelante será la corona de nuestro honor".

La lección de su vida

Sobre su posición política escribía: "Pienso en lo paradójico de mi posición. Hombre de ideas conservadoras estoy vinculado por lazos amistosos y morales con los dirigentes de un partido de izquierda como era el partido Demócrata Progresista. Pero ellos sabían que no podían contar conmigo. Los conservadores me desconfiaban por ser amigo de De la Torre. Fuera de estos rótulos banderizos los avanzados me detestaban, los tímidos me tenían por desencantado, los reaccionarios reprochaban que no los defendía ni los acompañaba en su actitud de condena de todo lo existente sin proponer el modo de sustituirlo, porque sólo se destruye lo que se reemplaza sobre las ideas y los fundamentos republicanos".

Ya en 1917 escribía y exhortaba a la juventud: "Tú inicias la vida de la política. Reacciona contra el ejemplo con-

denable de los hombres importantes que no tienen opiniones y los hombres inteligentes que no tienen altivez. Subordina todas tus ambiciones a la ambición de merecer el respeto de tu conducta cívica y personal. No reconozcas jerarquía más alta que la de tu propio carácter, ni mayor premio que la satisfacción de tu propia conciencia. Que nunca tu actitud ofrezca equívocos. Que siempre sepas donde debes estar y que ante todas las circunstancias adversas o propicias seas apasionado, parcial, insobornable y militante”.

Señores académicos: Séame lícito recordar como epílogo de este sincero homenaje un escrito casi póstumo evocador de sus íntimos sentimientos espirituales. Escribió: “Sigo desde hace 50 años mi trabajo periodístico, absorbente, que me ha impedido recopilar los esfuerzos fundamentales en que confiaba mi vocación. Mi querida esposa, Sara Madero, y mis hijos, vienen paciente e impacientemente recopilando mis más queridos trabajos y escritos.

”Espero merecer siempre la estimación de los hombres de bien que alentaron mi espíritu. Es el ruego que me adelanto a pedirle a Dios todas las noches como lo hago en este momento a la luz del sacerdote amigo de todas las horas que me ayuda a escuchar la voz eterna del verbo que me dirá con justicia y amor: ¡Ven!”

Evocar el pasado debe ser un acto de conciencia presente.

Las vocaciones de los hombres surgen de las necesidades de los tiempos y cuando esos hombres encarnan los grandes valores espirituales e intelectuales el recordarlos es un acto de justicia.

Las altas cimas de las montañas se miden por los abismos que coronan.

Tal es la figura de Alfonso de Laferrere.

Es imposible escribir sobre él con tranquilidad. Lo impide su genio, su carácter y la variedad de su gran cultura. Como en la leyenda de las campanas de Florencia, harían falta las tres gotas de oro que daban armonía a sus acentos.

Situar a Alfonso de Laferrere es comprenderlo. Fiscal intelectual del periodismo cívico, eminente polígrafo, no resulta fácil compararlo por lo variado y polémico de sus editoriales. La fiebre de lecturas lo condujo a los más diversos campos de las letras, de la historia y de la política. Fustigó los errores de su tiempo, sin tregua ni desmayo anunciándolos o refutándolos.

Su buena salud mental y su estricta severidad en los juicios lo mantuvo alejado de engañosos idealismos. Su pluma acerada luchó por esclarecer las conciencias sobre la prioridad del trabajo sobre el dinero, la dignidad del hombre sobre los mitos del Estado y de las filosofías nihilistas frente a las dictaduras de fuerzas anónimas y de ese alborotado amor por las armas.

Gustaba encarnarse en el elemento refractario. Iba derecho a lo difícil. Su facultad orientadora como una brújula magnética lo situaba en el punto neurálgico de los problemas. No era un utópico, cuando escribía al hombre ético o al hombre estético usaba el estilo patético o el dramático fruto de su cultura humanista.

Ante las graves oposiciones que suscitaban sus artículos expresaba: "Nada acuna tanto como la tempestad".

Humanista intelectual y emocional fue un periodista sin misticismos ni soledades. En este mundo paradójico y sofisticado su figura y su talento sale de entre las sombras de las realidades como un esforzado luchador hacia la luz.